

Presencia de lo cultural en el trabajo de equipo

Francisco Ramos y Alfredo Zepeda

No es difícil preguntarnos cómo ha estado presente lo cultural en el trabajo popular de nuestro equipo al hacer análisis, elaborar el proyecto, planificar acciones, realizarlas, evaluar... Consideramos que valores culturales diversos a los nuestros, más que un dato, son una invitación a generar una actitud que nos permita interactuar con un mundo valoral distinto al nuestro. Actitud de respeto, pero no pasiva, sino que va buscando los modos como una cultura puede potenciar los dinamismos que le han permitido sobrevivir en un sistema de dominación y exterminio.

Lo cultural se nos ha presentado como una diferencia de valores. Diferencia entre nuestros valores y los valores de las comunidades indígenas. Diferencias que se van percibiendo poco a poco en el contacto más íntimo con las comunidades y los indígenas en lo personal. Diferencia que abarca todos los ámbitos de la vida.

En el esfuerzo de aculturarse puede uno ir asumiendo que los valores de uno no son absolutos, y tal vez ni los mejores. Desde esa actitud uno puede comenzar a ajustar sus propios valores culturales. En este proceso de ajuste uno puede elaborar racionalmente estas diferencias; pero siempre con sucesivas aproximaciones que nunca se ajustan a los valores diversos de cada cultura. Nos explicamos esto porque aunque los valores tienen algo de racionales, no son solamente racionales. Tal vez su componente más fuerte sea una evidencia

colectiva que nos hace asumir certezas libres, que van más allá de las certezas de las que podemos dar razón.

Tratamos de poner unos ejemplos de esto.

Lo comunitario

Para nosotros lo comunitario siempre está supeditado a lo individual. Aun en la vida religiosa, que pretendería ser un modelo de vida comunitaria en nuestra cultura, lo individual predomina. La comunidad es un medio para que el individuo tenga un lugar de encuentro, en el mejor de los casos una convalidación cotidiana a su quehacer y a las motivaciones que le dan sentido a su quehacer.

Realmente la comunidad cristiana es una utopía en el sentido estricto de la palabra. Nadie se atreve a retomar el texto de los Hechos, en donde la comunidad primitiva trató de vivir en verdadera comunidad (Hech 2, 44)¹, y menos asumir las consecuencias que tiene el romper las ligas comunitarias (Hech 5)².

Las comunidades de la vida religiosa son transitorias. No se crean relaciones estables que den un significado especial a nuestro ser. Y no hablo de las que se han calificado como "comunidades hotel", sino de las mejores que podemos encontrar en la vida religiosa.

Tal vez sea una exageración decir que las comunidades religiosas tienen una función pragmática de convivencia en función del individuo. Sin embargo no es raro encontrar en nuestra vida comunitaria paliativos que impiden la comunicación, aun la más elemental de disciplina grupal. Un ejemplo vivido con frecuencia es el de ocultar qué hacemos, con quiénes nos relacionamos, en qué ocupamos nuestro tiempo. Las comunidades, no sólo toleran —o alientan— estos niveles de respeto al individuo; van más allá, en cuestiones profundas es sagrado el respeto a la intimidad.

El temor a no ser aceptados como somos y la inseguridad de mostrarnos débiles en la vida cotidiana de las comunidades es una pregunta permanente por la consistencia de la relación fraterno-comunitaria.

¹ Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno.

² No has mentado a los hombres sino a Dios. Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y un gran temor se apoderó de cuantos lo oyeron.

Ante la ausencia de comunidades reales, se ha tratado de buscar otras formas de relacionarnos que se acerque más al ideal comunitario; así nació la idea de formar mutualidades y grupos de discernimiento, que suplieran lo que no se encuentra en la vida comunitaria.

Aun es estos intentos de formar una verdadera comunidad se ha tenido la experiencia de no lograr una comunicación a profundidad, mucho menos una relación substancial con el grupo comunitario. No es raro constatar que con frecuencia los individuos se desgranar de estas mutualidades sin que el referente a ellas tenga un peso específico en la comunicación de su decisión, y mucho menos una confrontación de la misma decisión con el grupo.

Para el indígena la relación entre comunidad e individuo es analógica a lo que nosotros nos formulamos como el todo y las partes. En que el todo no es simplemente la suma de las partes, sino que implica las relaciones que hacen que el todo se pueda constituir como tal y las partes encuentran un significado en relación al todo. Podemos afirmar tentativamente que un indígena, deja de ser indígena en el sentido pleno de la palabra, en cuanto se desliga de su comunidad.

Esto tiene repercusiones prácticas muy concretas.

Las decisiones se toman por cónsenso. A nosotros nos llama mucho la atención que cuando una comunidad delibera sobre algún punto, todos hablan a la vez. Se van callando poco a poco. Finalmente el que está fungiendo como autoridad nos comunica que ya decidieron. Y no es que el que más grite, o el que hable primero, o el que tenga una mayoría inicial gane el consenso. Nos ha tocado presenciar discusiones, en que sólo uno sostenía una posición en contra del sentir mayoritario, y al terminar la discusión sobre el punto, toda la comunidad asumió esta propuesta.

Un indígena no puede salir de su comunidad sin haber hablado con ella. La comunidad le puede conceder o negar el que salga; esto depende de las tareas, generalmente de servicio, que le haya encomendado la misma comunidad. El que alguien que tiene cargo o responsabilidad salga sin avisar o pedir permiso, nadie lo pasa por alto. El que lo hace, se va con la mala conciencia de que le faltó a la comunidad, de que al regreso tendrá que dar explicaciones públicas.

La relación comunitaria también tiene que ver con la distribución de los bienes. (No hablamos de riqueza, porque en las comunidades que conocemos no existe esta categoría de acumulación). Los cargos de mayordomos de las fiestas, se dan por lo general, a quienes tuvieron mejor cosecha, o tienen posibilidad de trabajos extras que les permita compartir con toda la comunidad sus excedentes.

Otras repercusiones prácticas de la vida comunitaria, son los castigos o medidas coercitivas que tienen las comunidades indígenas. Desde nuestros valores culturales, algunas de estas medidas nos parecen violatorias de los derechos humanos: por ejemplo el amarrar a una persona a un árbol y así castigar públicamente. Para ellos, desde sus valores culturales, algunas de nuestras medidas coercitivas violan los derechos humanos: por ejemplo la burla; para ellos la burla es un insulto imperdonable, que puede llevar a la muerte por la tristeza del burlado. Si a alguno lo atan como castigo, nadie se va a burlar de él.

Otro ejemplo es la aplicación desigual de la ley que no se puede entender desde la vida de una comunidad en donde todo se rige por la igualdad que los constituye en miembros de la comunidad, en cambio en nuestra cultura es el modo cotidiano de entender la majestad del derecho.

Otras formas coercitivas se usan en las dos culturas, pero tienen significados muy distintos. Para un indígena, la pena máxima es el exilio. Para nosotros, el exilio no es tan duro y hasta le atribuimos cualidades terapéuticas.

La autoridad

Cualquier democracia asiente que la autoridad es una función de servicio. Representa la voluntad popular mayoritaria y su ejercicio responsable es el de buscar el bien común. En la tradición cristiana esto es más claro (Lc 22, 24-27).

Sin embargo podemos constatar que el ejercicio de la autoridad, en nuestra cultura, tiene algo intrínsecamente unido al ejercicio del poder, más que al ejercicio del servicio. Un indicador de esto es que, en muchos casos, el puesto de autoridad se busca. Esto no sólo en niveles de la vida civil, sino también en la vida eclesial. Otro indicador es que el cargo de autoridad trata de conservarse; prueba de esto es cualquier currículo de político mexicano, y en lo eclesial hemos hecho cargos de por vida.

La autoridad la concebimos como solitaria. Es muy claro en nuestro país, en donde el presidente está sitiado por la soledad de la adulación. Donde su palabra es omnímoda y omnipotente. Pero aun en países con democracias más reales que la nuestra, el ejercicio de la autoridad tiene un componente de soledad en decisiones fuertes relacionadas con la así llamada seguridad nacional. Esto es más marcado en el mundo eclesial, en donde no existe la democracia, ni la representatividad; en donde la autoridad es sagrada y hasta hace las veces de Dios. Aun en el mundo más pequeño de las comunidades religiosas se une el puesto de superior con el del poder, cuando se da por sentado que la autoridad tiene el privilegio de acercarse más a la verdad (voluntad de Dios), que la comunidad en verdadero discernimiento.

Los indígenas también conciben la autoridad como un puesto de servicio. Desde nuestra posición de observadores de estos valores, nos sorprende que así sea. Los cargos de autoridad son múltiples y con relativa autonomía unos de otros. Estos cargos tienen un principio y un final claros. Si los cargos son para un servicio determinado, la autoridad cesa con la terminación del servicio. Si los cargos son para servicios estables en la comunidad, tienen un término definido en el tiempo. Los cargos no se buscan, los da la comunidad. Los cargos tampoco se rechazan, se reciben de la comunidad.

La autoridad no se otorga necesariamente a los más cualificados o a los que cumplen con criterios predefinidos. El Agente Municipal de El Troncoso³, recién nombrado, expresa que va a tener dificultad para ejercer su cargo, porque tiene afición al aguardiente. La comunidad lo sabe. Saben que tendrán que ayudarlo para que esta debilidad no se convierta en un peligro para mantener un prestigio moral. Comentan: "Pedro toma pero no es agresivo. Toma pero es tranquilo". Pedro reflexiona: "Tendré que tomar menos. Solamente para descansar después del trabajo". La tensión entre la aceptación de la debilidad y la exigencia del servicio que corresponde a la autoridad es la que sostiene la relación al mismo tiempo compasiva (con el individuo) y coherente (con la comunidad). Con toda la crudeza humana el miembro de la comunidad es "pecador y sin embargo llamado".

³ El editor ha cambiado los nombres del poblado y del agente municipal.

La comunidad nombra a sus autoridades y las va formando. Prácticamente todos los miembros de una comunidad indígena van teniendo algún cargo desde su incorporación como adultos a la comunidad. El desempeño en los sucesivos servicios que la comunidad le va pidiendo a una persona es lo que constituye su presencia en la comunidad. Así se van formando las autoridades morales (principales) de las comunidades indígenas.

La autoridad no decide sólo. Gestiona, ejecuta, manda; pero ante todo consulta y busca el consenso de la comunidad.

La relación con Dios

Para nosotros, la relación con Dios tiene un lugar especial. Tanto en lo individual como en lo colectivo queda un substrato de dualismo: alma y cuerpo; natural y sobrenatural; secular y sagrado; vida y culto; temporal y espiritual.

Es cierto que la tradición ignaciana⁴ trata de romper esta dualidad, al menos en los que se refiere a la comunicación con Dios. Así Ignacio pone como meta del ejercitante la contemplación para alcanzar amor. Sin embargo no podemos decir que esta sea una vivencia común entre nosotros. La constante lucha por encontrar una pedagogía de la oración formal; la Eucaristía sigue siendo el "centro de nuestras vidas" en el papel, pero no encuentra sus expresiones convocadoras entre nosotros; las búsquedas de la renovación de nuestra espiritualidad no rebasan aún el límite del intimismo individual. Tal vez por esto florezcan entre nosotros, con relativo éxito, la búsqueda de espiritualidades relacionadas más con la realización personal, con sesgos psicologistas, y de corte eminentemente individual.

Nuestras evidencias colectivas se mantienen de manera individual. Esto puede parecer contradicción y lo es. Pero podemos constatar que las evidencias colectivas que sustentan nuestra fe católica, por una parte tienen un contenido individualista fuerte, y por otra tenemos mecanismos individuales para retroalimentarlas.

Quizá lo más difícil, desde nuestros valores culturales religiosos, es acercarnos al mundo indígena. Tal vez aquí haya más tabúes en

⁴ De Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas (nota del editor).

nuestro subconsciente, que en otros aspectos de nuestra vida valoral. No en vano se sacrificaron los ritos chinos y malabares, así como a sus promotores Ricci y los sucesores de Nobili⁵. Y es que los valores religiosos, son los valores más sustentados en evidencias colectivas; y en nuestra cultura estos valores religiosos son evidencias colectivas por demás frágiles y tal vez desquebrajadas desde valores de nuestra misma cultura occidental. Evidencias colectivas que se sirven del temor (al infierno, a la condenación, a la excomunión) para sustentarse en colectividades amplias. Evidencias colectivas que no descartan el autoritarismo para imponerse como los valores últimos y únicos.

Marcados por estas evidencias colectivas, sólo nos atrevemos a permanecer como observadores de los valores religiosos de los pueblos indios. Así podemos decir que su mundo tiende a ser más unitario que el nuestro. La naturaleza, con todas sus fuerzas inexplicables para ellos -y también para nosotros aunque lo neguemos: tiene una relación directa con Dios. Todo lo relacionado con la vida, y en consecuencia con la muerte, tiene algo que ver con Dios. Así la tierra es madre que da la vida; no se puede poseer, pues es el territorio de todos. El sol, la luna, la lluvia y el viento sirven para dar o quitar. Son dioses, en cuanto que de ellos dependemos. Hay que danzar y trabajar sobre la madre tierra; hay que hacerlo a la luz del sol o en la luna nueva o en la llena; hay que hacerlo para calmar al viento o llamar al agua. La luna sabe mucho de agua y de viento.

Como observadores todavía lejanos, podemos decir que el ciclo litúrgico indígena gira en torno a el ciclo del maíz. Comienza en abril con los ritos de la fecundidad de la tierra (carnaval) y termina con los ritos de la cosecha en Xantolo (todos santos). Estas fiestas tienen un sentido religioso auténtico. Son juego y son oración⁶. Coinciden con parte del ciclo litúrgico cristiano, pero mantienen su autonomía.

⁵ Cien años de inculturación y prácticas Malabares no bastaron para que se entendiera que en la India hay una evidencia colectiva que valora como desagradable el que a uno le unten saliva o le soplen en la cara. Francisco Laínez, trató de que entendieran esto en Roma: "Explicó que los indios sienten esa repugnancia del mismo modo que los europeos sienten repugnancia por el sagrado orín... La Santa Sede rechazó las representaciones jesuíticas". William Bangert, Sl. *Historia de la Compañía de Jesús*. Sal Terrae. 1981.

⁶ Decir que las fiestas son juegos y son oración puede parecer sólo un juego de palabras. No lo es. Los indígenas dicen "voy a jugar" cuando van a alguna fiesta en donde hay danza, esto es muy claro en el carnaval. No es a danzar, que lo usan en

En el mundo valoral indígena, las evidencias colectivas de índole religioso, se mantienen en colectivo.

Aún no podemos situarnos ni como observadores para entrar al mundo de los ritos más privados. Ritos de magia y superstición vistos desde nuestros valores. Ritos para curar, o para generar el mal. Ritos que los compañeros indígenas, por más cercanos que sean, no comentan con nosotros; pero que los vislumbramos como un modo cotidiano de relación con lo que más tiene que ver con la vida y la muerte, la salud y la enfermedad.

A qué aspectos le hemos dado mayor importancia

Creo que en el equipo hay una actitud de apertura para ir captando las diferencias entre nuestra cultura y la del mundo indígena. Creemos que el aspecto al que le damos énfasis es en ir tratando de formular aproximaciones que nos hagan ir entendiendo otros modos colectivos de valorar las cosas. Un énfasis en respetar estos modos diversos de valoración, y una actitud de abrirnos al cuestionamiento de nuestros modos colectivos de valoración, aceptando humildemente que algunos que vamos descubriendo en la vida indígena se acercan más a los valores evangélicos.

[Tomado de revista «CHRISTUS», MEXICO, 696(septiembre-octubre 1996)]

otras ocasiones, ni voy a la fiesta; ni voy a ver; expresamente dicen voy a jugar. Y en todos Santos, la fiesta es familiar y es comunitaria. Hay un altar de difuntos en cada casa; pero no lo hay en el templo. La fiesta consiste en esperar visitas y hacer visitas. No es una fiesta triste, se come y se canta, se oye al trío y se visita al compadre. Se reciben visitas y todos comparten los tamales con los difuntos. (Difuntos, no muertos). Es la fiesta de la familia, de toda la familia vivos y difuntos. Porque los difuntos viven y comparten la vida de la familia, los tamales y el pan.